

# Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

## Tiempo y diálogo

Es difícil encontrar el tiempo y, sobre todo, encontrarlo en el momento en que el otro me necesita. Sólo es posible si estoy dispuesto a dejar o renunciar a ciertas cosas cuando veo que el otro busca mi apoyo y mi comprensión.

Vivimos en un mundo impersonal que gira en torno a las cosas y en realidad sabemos hablar mejor que nunca, pero siempre de cosas. Es una conversación funcional, un diálogo utilitario, o sea, hablamos lo necesario para que las cosas y la maquinaria del hogar sigan funcionando. Y para ello, hay que planchar, cocinar, pagar las cuentas, llevar los chicos al colegio, comprarles zapatos -y de todas esas cosas se conversa.

Pero poco o nada se dialoga de las cosas personales, íntimas, ese intercambio de lo interior de cada uno, sino que es un conversar sobre temas exteriores.

Dialogar significa regalarse uno al otro desde lo más íntimo que uno tiene. Es entrar en comunión, es abrir el corazón al otro y mostrarle quién soy por dentro, mis angustias, mis esperanzas.

Además, conspira contra un diálogo verdadero, el ritmo de vida que tenemos. Andamos tan apurados que no tenemos tiempo y uno no puede abrir el corazón en un minuto y medio.

Para contar esas cosas hondas: preocupaciones, penas, anhelos del alma, se necesita tiempo, preparar todo un ambiente, y las cosas salen de a poquito. Se necesita tiempo..., pero no hay tiempo.

La falta o la debilitación del diálogo conyugal es el mayor problema que los matrimonios modernos enfrentan y es un cáncer del matrimonio, porque lo destruye por dentro.

Los problemas de salud, los problemas habitacionales, los problemas económicos, todos pueden ser muy angustiosos, pero son externos. Amenazan al amor, ciertamente, pero desde afuera. En cambio, la falta de diálogo hiere la raíz del amor, la esencia del amor.

El debilitamiento del diálogo trae necesariamente consigo el debilitamiento de la ternura, de la delicadeza, de la comprensión, del respeto, de todas las cosas que implica el amor.

Es, en el fondo, dejar de valorar al cónyuge como persona, como destinatario principal de mi amor y empezar a considerarlo como "socio", como "co-gerente" de la empresa familiar, etc. Pero el amor de socios no basta para llenar el corazón de alguien que se decidió por el matrimonio.

Y entonces uno realmente se asombra cómo Dios hace milagros. Porque hay una serie de matrimonios que están juntos por milagro. Porque según todas las leyes de la psicología deberían estar separados, ya que no dialogan desde hace años. El ser humano tiene necesidad del intercambio interior y si no lo consigue en su casa, tal vez lo encuentre fuera del hogar.

Aquí podemos recordar que existe una diferencia entre el varón y la mujer: Las mujeres tienen una necesidad y una capacidad de diálogo mucho mayor que la del hombre. Además giran permanentemente en torno a las personas, mientras que los hombres generalmente se interesan más por las cosas. Por eso, al varón le cuesta más darse, entregarse a sí mismo, dialogar. Por otra parte, la mujer se enreda fácilmente en su riqueza afectiva y puede ponerse susceptible.

Sin embargo, en muchos matrimonios no pasa eso, a pesar de que no dialogan durante años. Y entonces uno se lo explica sólo por un milagro de Dios que cuida que ninguno de ellos se encuentre con nadie que le ofrece un poquito más que el cónyuge. Pero de parte de los matrimonios, no dialogar durante tanto tiempo es estar jugando con fuego, es pasear al borde del precipicio. Es arriesgar el amor, es romper el amor, es faltar a la promesa de hacer feliz al otro.

Periódicamente deberíamos revisar nuestro sistema de diálogo: ¿cuándo dialogamos? ¿Por qué no dialogamos?

Quizás debemos preguntarnos también si es que ¿no tenemos tiempo o no nos hacemos de tiempo?, pues para los que nos interesa siempre tenemos tiempo.